

travagancias inofensivas. Así, por ejemplo, el decir una misa votiva *de Trinitate* todas las semanas, por la sola razón de que era devoción practicada por los carmelitas, el dejarse crecer el cabello y la barba, llevándola en su inculta naturalidad, diciendo que así lo hacen los capuchinos (1), estas y otras rarezas las fué desterrando de un golpe el P. Visitador, advirtiendo a los Nuestros que no basta ser observada una cosa en una religión, para que deban ejecutarla las otras. Como cada Orden religiosa tiene su regla, también debe tener su espíritu propio y su particular modo de proceder. De esta manera el P. Diego Francisco Altamirano con aplicación constante, con celo infatigable, fué enmendando poco a poco todos los defectos que se habían introducido en la observancia regular. Visitó varias veces algunos domicilios y llegó a penetrar hasta en algunas misiones de infieles, cosa entonces trabajosísima por las comunicaciones tan dificultosas de aquellos países. Tuvo el consuelo de ver restablecido el orden y asentada la observancia, así en el colegio de Quito, como en toda la provincia de Nueva Granada, que gobernó sin cesar desde 1688 hasta 1696. Gracias a la dirección y al esfuerzo de este prudente superior, nuestra comunidad de Quito resplandeció de nuevo en la observancia regular y procedió en adelante como deben proceder todas las comunidades de la Compañía.

(1) En la carta anterior.

## CAPÍTULO IX

### MISIONES DEL MARAÑÓN DESDE 1652 HASTA 1705

SUMARIO: 1. El P. Raimundo de Santa Cruz presenta en Quito un grupo de indios convertidos en el Marañón.—2. Expedición militar del general Martín de la Riva contra los gibaros en 1655 y deplorable efecto que obtuvo en nuestras misiones.—3. Viajes del P. Cueva a Lima y Quito para arreglar algunos negocios de aquellas cristiandades.—4. Conversión de nuevas tribus. Muerte del P. Santa Cruz en 1662 y martirio de los PP. Pedro Suárez y Francisco de Figueroa en 1666.—5. Últimos trabajos apostólicos del Padre Lucas de la Cueva y su santa muerte en 1672.—6. Tranquilos progresos de las misiones hasta 1686.—7. Entran algunos misioneros extranjeros en 1686 y se hacen nuevos esfuerzos para adelantar la conversión. Ligero conflicto con los franciscanos.—8. Fatigas apostólico-políticas del P. Samuel Fritz en los años 1688-1692.—9. Segunda expedición militar contra los gibaros con infeliz resultado de 1692 a 1695.—10. Trabajos apostólicos del P. Fritz y de los otros misioneros hasta 1705.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de los misioneros de Mainas*.—2. *Cartas de PP. Generales*.—3. *Diarios, cartas y memoriales del P. Fritz*.—4. Tomo XVII de los *Manuscritos* de la Biblioteca Nacional de Lima.—5. Documentos hallados en el Archivo de Indias.—6. Figueroa, *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Mainas*.—7. Rodríguez Manuel, *El Marañón y el Amazonas*. Publicado en 1684.

1. Cuando en 1653 se retiró de las misiones del Marañón su primer Superior, el P. Gaspar Cujia, quedaban bien establecidas trece reducciones o pueblos de cristianos, casi todos en la orilla del Marañón, del Huallaga y del Ucayale. Fué nombrado entonces Superior de estas misiones el P. Lucas de la Cueva, y él con seis sacerdotes que le acompañaban procuraba sostener y adelantar aquellas cristiandades, en medio de privaciones y calamidades sin cuento. Uno de los grandes trabajos que padecían estos misioneros era la distancia enorme en que se hallaban de la ciudad de Quito y de otras habitadas por españoles. Para ir desde Quito a Borja era necesario descender al sur, penetrar bastante en las regiones del Perú, atravesar los Andes, encaminarse después por algún afluente hacia el Marañón y, por fin, navegar por el peligrosísimo paso llamado Pongo de Manseriche. Calculábase

en 250 leguas lo que era necesario recorrer para llegar desde Quito a Borja (1). Deseando los misioneros descubrir una comunicación más fácil, y recordando el viaje descendente que habían hecho en 1639 los PP. Acuña y Artieda desde Quito hasta Pará, determinaron buscar una comunicación menos difícil por medio del río Napo. Encargóse de esta comisión el P. Raimundo de Santa Cruz, que era el más joven y el más fervoroso también de aquellos misioneros.

Hizo sus preparativos a orillas del Huallaga, donde él asistía habitualmente en sus misiones, y reuniendo un centenar de indios cristianos, en compañía de dos soldados españoles, bajó por las corrientes de aquel río hasta penetrar en el Marañón. Navegando después agua abajo ocho días dió con la desembocadura del Napo. Algunas dificultades experimentaron para entrar por la corriente de este río, porque al juntarse con el Marañón produce grandes remolinos y agitaciones. Sin embargo, a fuerza de remos consiguieron vencer aquel obstáculo, y entrando en el cauce del Napo fueron navegando agua arriba durante un mes hasta la confluencia del Aguarico. Desearon seguir por este río, pero en la primera jornada les ocurrió un trágico suceso que les obligó a mudar de rumbo. Es el caso que saltando en tierra cuatro indios jeveros para preparar la comida de la expedición, sobrevino de golpe un gran número de indios llamados Encabellados, que ocupaban aquella región, los cuales dieron la muerte a los cuatro cristianos. Oyendo el rumor de lo que pasaba en el bosque, los dos soldados españoles dispararon sus arcabuces. Al estruendo de los disparos huyeron despavoridos los agresores, pero el daño estaba ya hecho. Este incidente obligó a volver atrás, y entrando de nuevo por el cauce del Napo, siguieron agua arriba hasta dar con el puerto, que aun hoy se llama también Napo. Desde aquí el camino era conocido. En tres días llegaron a Archidona, de Archidona en siete días a Baeza, y desde aquí en muy poco tiempo se pusieron a las puertas de Quito. De los indios que había tomado al principio el P. Santa Cruz dejó la mitad en Napo y Archidona y llevó consigo cuarenta hombres escogidos, que deseaba presentar en Quito como muestra de las cristiandades del Marañón.

(1) Así lo dice el P. Figueroa, *Relación* núm. 17, quien añade: «A buen negociar se tardan tres meses en llegar a Borja, por las detenciones que es fuerza haga en tan largo camino.»

Causó muy grata impresión en la capital la noticia de que venían indios cristianos y habiéndose comunicado el suceso al Sr. Obispo, determinaron recibirlos con mucha solemnidad y celebrar una de aquellas fiestas religiosas a que eran tan aficionados los españoles del siglo XVII.

Reunidas en nuestra iglesia tres congregaciones piadosas de las que solían fundarse en nuestros colegios, compusieron sus imágenes, aderezaron los estandartes, sacaron todos los cirios y organizaron una solemne procesión para salir al encuentro del P. Santa Cruz. Llevaban en medio una estatua de San Francisco Javier, seguía una imagen de Nuestra Señora y por último venía la estatua del Salvador. Hubo abundancia de fuegos artificiales, resonaron las músicas, entonáronse cánticos religiosos, y con toda esta solemnidad salieron al encuentro del P. Santa Cruz. Volvieron a la capital llevando en lugar preferente al misionero y sus indios y se detuvieron primero en el convento de las Monjas de la Concepción. Allí se cantó un *Te Deum*, al cual siguieron varios villancicos, celebrando la victoria del Niño Jesús sobre la gentilidad. Después se encaminó la procesión a la catedral, donde fué recibida honoríficamente por el venerable Deán y Cabildo con sobrepellices y todo aparato. También allí se cantó un *Te Deum*. Por último se dirigieron todos a la iglesia de nuestro colegio, donde se cantó otro *Te Deum* y se dió por terminada la solemnidad.

En todo este festejo lo que más llamaba la atención y despertaba la curiosidad de las gentes era el mismo misionero P. Raimundo de Santa Cruz, que se mostraba con su traje todo remendado y raído, y su persona tan estropeada y agotada por aquellos trabajos indecibles que había padecido en sus misiones. Por una parte le compadecían, por otra le admiraban. El Sr. Obispo administró el sacramento de la confirmación a todos aquellos neófitos y obsequió cariñosamente al fervoroso misionero. Descubierta el nuevo camino y dada cuenta de sus misiones, dispuso el P. Santa Cruz, volver al campo de sus tareas apostólicas. Convidó a los Padres de Quito que quisieran acompañarle en sus fatigas. Muchos lo pretendieron, pero como no era posible dejar los trabajos que se hacían en la capital, fueron designados solamente tres sujetos, los PP. Ignacio Francisco Navarro, Luis Vicente Centelles y Tomás Majano. Alegre con la compañía de estos nuevos apóstoles, volvió el P. Santa Cruz a las orillas del Ma-

rañón llevando consigo a sus neófitos, quienes narraban a los indios lo que habían visto en la capital. Este viaje se verificó en el año 1654 (1) y desde allí en adelante fué bastante ordinario en los Nuestros seguir el camino del Napo, para comunicarse con aquellas misiones, aunque también se les hacía penoso este viaje, como lo puede el lector comprender, recordando los días que el P. Santa Cruz empleó en llegar a Quito, aunque tenía la desventaja de haber de navegar agua arriba. En pudiendo hacer el viaje por vía fluvial, les parecía a los misioneros más tolerable, pues el camino por tierra ofrecía entonces, como ahora, dificultades de que en Europa no nos podemos formar idea.

2. Al año siguiente 1655, sobrevino un suceso desagradable para los misioneros del Marañón. Con pretexto de vengar la muerte de algunos españoles asesinados por los indios, el corregidor de Cajamarca, D. Martín de la Riva Agüero obtuvo del Virrey del Perú licencia para emprender una expedición militar, con el fin de conquistar a los Gíbaros, Motilones, Tabalosos y otros pueblos situados a orillas del Marañón. Apenas tuvieron noticias de semejantes proyectos, se sorprendieron bastante nuestros Padres, porque aquellos países dependían directamente de la Audiencia de Quito y no de la de Lima. No obstante, como el Virrey del Perú era la suprema autoridad española de toda la América meridional, hubieron de guardar silencio y resignarse a lo que no podían evitar. D. Martín de la Riva, a quien dan los documentos el título de general, preparó una expedición de un centenar de españoles, proveyóla de armas de fuego, de municiones y procuró por sí y por otros que los misioneros del Marañón le favoreciesen en su empresa. El P. Lucas de la Cueva señaló para acompañarle al P. Raimundo de Santa Cruz y algún tiempo después al P. Francisco de Figueroa. El primero se encontró con D. Martín en el mes de Setiembre de 1655, y le proporcionó un centenar de indios que sirviesen a los españoles. Con el auxilio de estos hombres prácticos en aquellos viajes, llegó el general a la tierra de los Gíbaros.

Algunos meses anduvo el P. Santa Cruz al lado de Riva Agüero, padeciendo muchas incomodidades en marchas y contramar-

(1) Véase la extensa relación que hace de este viaje el P. Chantre, *Historia de las misiones de la C. de J. en el Marañón español*, l. IV, cap. 2 y siguiente.

chas por bosques y sierras casi inaccesibles, con el sentimiento de observar que no se lograba fruto alguno positivo, ni para España, ni mucho menos para la Iglesia. El misionero quería atraer a los indios con suavidad; D. Martín, que no tenía espíritu de misionero, empeñábase en dominarlos por las armas. Esta dominación era casi imposible en aquellas circunstancias. Es verdad que los Gíbaros no podían oponer una resistencia formal a campo raso, es verdad que se espantaban al estruendo de los arcabuces, pero sucedía continuamente que, al menor peligro de nuestras armas, se dispersaban por sendas que ellos solos sabían, y los españoles se quedaban solos entre vastas ciénagas y bosques impenetrables. De vez en cuando asomaban indios por uno y otro lado, mataban algún español y desaparecían.

Esforzóse el P. Santa Cruz en persuadir a D. Martín, que por la fuerza era imposible reducir a los Gíbaros, y persuadióle que los tratase con suavidad. El general tuvo el buen sentido de reconocer que lo único práctico en este negocio era seguir los consejos del P. Santa Cruz. Empezó, pues, a mostrarse afable con los indígenas, y por medio del misionero y de sus indios cristianos pudo entenderse con los Gíbaros y con otras tribus rebeldes que él hubiera querido conquistar. Fuéronse dando pasos para establecer algún género de paz, pero la avaricia y el aturdimiento de algunos subalternos y de los simples soldados españoles lo echaron todo a perder. Cometieron violencias con algunos Gíbaros a quienes prendieron, preguntándoles curiosamente dónde estaban las minas de oro que había en aquellas regiones, y dejaron entender a los salvajes, que su intento era cautivar indios para hacerles trabajar después en las minas. No se puede decir el efecto desastroso, que causó en los naturales la idea de que los españoles pretendían someterlos a tan duros trabajos. No solamente los Gíbaros, sino otros pueblos que hasta entonces vivían en paz, hasta los cristianos reducidos por nuestros Padres se alborotaron con el miedo de que el general los prendiese, para conducirlos a los trabajos forzados.

Eso sí, D. Martín no dejó de enviar a Lima pomposos informes de su empresa, no omitió el justificar por todos los medios posibles su conducta en aquella expedición, pero el resultado de toda la campaña de 1655 y 56 fué el redactarse muchos papeles que llenan hasta ahora los estantes de los Archivos, sin que se lograra ni conquistar un palmo de tierra, ni sujetar un solo indio

a la obediencia de España (1). Más aún, deseando fundar una ciudad a la cual llamó Santander, perturbó el general la ya existente de Borja y estuvo a peligro de perderse todo el trabajo de nuestros misioneros durante veinte años. Hubo de volver a Cajamarca D. Martín de la Riva con poca honra y sin ningún provecho de toda su expedición. Aunque el P. Santa Cruz y el P. Figueroa, rogados indudablemente por el mismo general, escribieron dos informes o dictámenes expresando lo que se hacía y procurando dejar en buen lugar al capitán de la expedición (2), pero nadie mejor que el P. Lucas de la Cueva nos explicará lo que se consiguió con aquella empresa militar.

Escribiendo el año siguiente al Virrey del Perú, le dice estas sentidas palabras: «Las averías, calamidades, excidios y ruinas en que hallo este gentilismo y nueva cristiandad, ocasionado todo por la mala conquista que el Señor por sus justos juicios y pecados nuestros ha permitido en estas partes, tan caídas y acabadas, que apenas les ha quedado figura, habiendo destruido solo un año de dicha conquista lo que con tantos trabajos los religiosos habíamos hecho en veinte, me tienen en sumo dolor y congoja. El Señor, por quien es, nos haya misericordia y mejore el estado de las cosas, guardando a V. E. por cuyo medio y mano lo esperamos, poniéndola con eficacia en remover tales conquistas y conquistadores de estas partes tan agobiadas y destruidas.» Menciona después el P. Cueva la proyectada fundación de Santander, y deplorando las calamidades que ha padecido por ella la ciudad de Borja, resume su juicio sobre este proyecto en las siguientes palabras: «En esta fundación, el corregidor de Cajamarca no ha obrado otra cosa, que destruir la cristiandad de San Francisco de Borja, colonia, castillo y casa fuerte, con cuya sombra hemos obrado e íbamos obrando con prosperidad en estas santas misiones, habiendo corrido amparados con dicha sombra más de doscientas leguas de este gentilismo. Hoy ha quedado la tal colonia y ciudad tan arruinada con el despojo de sus pocos vecinos y milicia, que se ha visto obligado el religioso cura coadjutor que dejé en mi lugar a consumir el Santísimo Sacramen-

(1) En la *Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales*, año II, volumen III, se publicó en Lima un gran número de documentos sobre esta oscura expedición. Llenan seiscientas páginas de letra metida.

(2) Véanse estos informes en Lima, *Bibl. nac., Manuscritos*, 17, f. 101. En ese mismo tomo aparecen numerosos documentos sobre esta expedición.

to, viéndose solo, sin más compañía que la de un hombre viejo, temiendo alguna invasión, así de los cimarrones Mainas, que viendo el desamparo de las casas las han entrado, como de otros bárbaros, de quienes en otras ocasiones han sido asaltadas.»

Previene después el P. Cueva al Sr. Virrey contra las certificaciones e informes que habrán llegado a Lima acerca de esta expedición. Los misioneros que han vivido entre salvajes saben por experiencia las falsedades y exageraciones que suelen consignarse en tales escritos. Ruega a Su Excelencia que suspenda su juicio y se digne interrogar a personas de conciencia, que hayan visto por sus ojos lo que allí sucede. En conclusión, todos los misioneros desean que no se repita la expedición de D. Martín de la Riva (1).

3. El deseo de conjurar semejante desventura y de arreglar algunos negocios tocantes a las misiones, decidió al P. Cueva a emprender un viaje a Lima. Con las duras penalidades que se dejan entender, llegó a la capital del Virreinato a fines de 1656. Era entonces Virrey el Conde de Alba de Liste, el cual recibió al P. Cueva con profunda veneración, como lo merecía un misionero que ya llevaba diez y ocho años de fatigas apostólicas en las misiones más penosas del mundo. Todos los Nuestros y las personas piadosas de Lima obsequiaban a porfía al apóstol del Marañón, pero él manteníase en lo posible recogido dentro de casa, y activaba solamente los negocios que le habían llevado desde sus lejanas misiones hasta la capital del Perú. Por de pronto consiguió, que no se repitiera la expedición de Riva Agüero. Tratábase entonces de nombrar Gobernador de Borja. Pretendía este puesto D. Gonzalo Rodríguez de Monroy, contra el cual no sabemos que tuvieran alguna queja nuestros Padres. También lo solicitaba D. Martín de la Riva, quien era mirado por los Nuestros como una temible calamidad. Por fin aspiraba al cargo don Juan Mauricio Vaca, hijo del fundador de Borja, hermano de D. Pedro de Vaca que había sucedido en aquel puesto a su padre. El Virrey deseó saber la opinión de nuestro misionero y éste le recomendó a D. Juan Mauricio Vaca. Largo tiempo se dis-

(1) El original de esta carta se conserva en Lima, *Bibl. nac., Manuscritos*, 17, f. 257. La carta es del 30 de Noviembre de 1656 y fué escrita luego que volvió de Lima el P. Cueva, para remachar el clavo e inculcar lo que de palabra había dicho al Virrey.

cutió en Lima sobre este negocio, y aun se exigió que el P. Cueva redactase cierto memorial sobre varios puntos relativos a las misiones. Por fin se inclinó la balanza en favor de Juan Mauricio de Vaca, y este fué nombrado Gobernador de Borja con mucho consuelo de todos los jesuitas (1).

Otro negocio muy interesante deseaba arreglar en Lima el superior de nuestras misiones. Hasta entonces se pagaba el sínodo a los misioneros en la caja real de Loja; pero como era tan secundaria esta población, sucedía muchas veces, que por falta de fondos se retrasaba o disminuía el pago de los misioneros. El P. Cueva rogó al Virrey, que mandase pagarles de la caja real de Quito, y además que fuese servido de acrecentar algún tanto este sínodo y señalar cuatrocientos pesos para cada Padre. Ambos favores se los otorgó el Virrey (2). Consolado el P. Cueva con esta concesión, decidió volverse a sus misiones.

Fué despedido en Lima con sumo honor. Le acompañaron a caballo un buen rato algunas personas distinguidas de la ciudad, después prosiguieron algún tiempo en su compañía varios Padres de nuestro colegio, y por fin le dejaron solo con algunos pobres indios que él había traído de su tierra y con un clérigo seglar joven que quiso seguirle hasta Borja. Mayores penalidades hubo de experimentar ahora que a la venida. En aquel camino de trescientas leguas, por montes fragosos, ríos arrebatados, bosques impenetrables y pantanos cenagosos, hubo de verse el misionero varias veces en peligro de la vida. En cierta ocasión, mientras bogaban tranquilos en el remanso de un río, apareció súbitamente un enorme caimán, prendió entre sus dientes al cacique de los indios y se le llevó, sin que le vieran más sus compañeros de viaje (3). En otro paso peligroso de un río se volcó la canoa,

(1) De esto habla en la carta citada el P. Cueva, y puede verse más explicado este hecho en Chantre, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, l. IV, cap. 7.

(2) De estas concesiones hablan varias cartas de entonces, sobre todo el P. Francisco de Figueroa escribiendo al P. Bartolomé Pérez en 20 de Julio de 1664. Otro pormenor curioso, añade este Padre que no hemos leído en otros. Dice que el P. Cueva reuniendo limosnas de personas piadosas, fundó una rentita de trescientos patacones, destinada a comprar cuchillos, agujas y otras bujerías muy estimadas de los indios, con las cuales solían atraerlos a oír la doctrina cristiana. Esta carta del P. Figueroa se halla en el archivo de nuestro colegio de Quito. *Cartas de los misioneros de Mainas*.

(3) El P. Cueva en la carta citada. En otra carta que ha sido publicada

hundiéndose todos, y pereció ahogado el joven clérigo seglar que desde Lima le acompañaba. El mismo P. Cueva salió a flote con grandes dificultades, ayudado por los indios que como tan diestros en nadar consiguieron salvarle la vida. A estas penalidades que pudieran llamarse incidentales, se añadieron otras casi continuas. Llevó tantos golpes en el camino, dió tales caídas, y sobre todo algunas noches se vió tan acosado por enjambres de insectos, que al llegar a su misión se contaban en su cuerpo veintisiete llagas. Lo primero, pues, que hubo de hacer el recién llegado, fué curarse como podía con las pobres medicinas cáseras que tenían en sus pueblos (1).

Al año siguiente juzgó necesario emprender otro viaje a Quito. Hasta entonces los dos caminos por donde se iba a la misión eran o el meridional de Cuenca y Loja, por donde habían ido la primera vez, o el septentrional por Archidona y el Napo. Ambos caminos eran prolijos, escabrosos y llenos de muchos rodeos, pero no había duda que este septentrional tenía grandes ventajas. Por eso discurrió el P. Cueva pedir al señor Obispo, que se nos concediese el curato de Archidona, que nadie deseaba, para tener allí, no solamente una buena parroquia de indios, sino también una casa de socorro, desde donde pudiesen repartirse a los misioneros las ropas, medicinas y subsistencias, que no era posible adquirir entre los indios recién convertidos. Consiguió felizmente el P. Cueva lo que deseaba en Quito. Allí mismo cobró algunas cantidades atrasadas, que se les debían del tiempo en que se les pagaba en Loja, y lo que él más estimó, obtuvo también de nuestro rector de Quito el socorro de algunos misioneros que se decidieron a acompañarle a los Mainas.

4. Mientras el superior de las misiones verificaba estos viajes en los tres años de 1656 a 1659, los Padres del Marañón fomentaban cuanto podían aquellas misiones, acrecentaban los pueblos ya constituidos y extendían su apostólico celo a otras tribus que descubrían en torno suyo. Gracias al fervor principalmente del P. Raimundo de Santa Cruz, se consiguió la reducción de cuatro tribus o naciones de indios, llamados Roamainas, Zaparas, Aguanos y Chamicuros. Vivían estas tribus principal-

por Jiménez de la Espada (*Noticias auténticas del famoso río Marañón*, página 322), dice el P. Cueva que este cacique se llamaba Rodrigo Chuta.

(1) En la misma carta del P. Cueva,